

La conspiración de Coltham

Jo Walton

Traducción de Beatriz Ruiz Jara



Libros publicados de Jo Walton

1. Garras y colmillos
2. El círculo de Farthing
3. La conspiración de Coltham

Título original: *Ha'penny*

Primera edición

© Jo Walton, 2007

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-622-3 Depósito legal: B-30405-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 10

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para Tom Womack, de Winchester,
Oxford y Ploktacon, que obra de
acuerdo con su conciencia.

Agradecimientos

Algunas veces, la realidad es más extraña que la ficción, lo bastante como para que resulte difícil de creer. Me gustaría aclarar que la campaña de atentados con bombas del IRA de 1939 es un hecho histórico, al igual que el episodio de la bomba alemana que cayó de forma accidental en Dublín. En otros casos, he tomado la realidad como punto de partida y la he desplazado hacia la verosimilitud, porque, gracias a Dios, esto no es la vida real. En la medida de lo posible, me he valido de los nombres auténticos de quienes no tienen una participación directa en la narración, como Winston Churchill, y de nombres y vidas inventados para quienes sí la tienen.

Gracias a los corresponsales de mi LiveJournal por aportar respuestas ágiles a preguntas raras, en particular a Tim Illingworth y a David Dyer-Bennet, y por seguir animándome mientras escribía (*papersky.livejournal.com*).

Gracias a Lis Riba por hacer una pregunta útil; a Emmet O'Brien por su diligente revisión de mi hiberno-inglés; a Patrick Nielsen Hayden por encontrar un rato en su atareada mañana para hacer su aportación, y por ser siempre un gran editor; a Mary Lace por su rapidez en leer esto a medida que lo iba escribiendo y por sus beneficiosas propuestas; a la gente de producción de Tor por hacer un trabajo estupendo en todos los libros que he escrito hasta ahora; a Janet Kegg por encontrar y enviarme *1939: The Last Season*, de Anne de

Courcy; a Sarah Monette por advertirme de la existencia de *Five and Eighty Hamlets*, sin el cual esta historia probablemente nunca se me habría ocurrido, y a Sherwood Smith, Laura Tennenhouse, David Goldfarb, Madeline Kelly, David Dyer-Bennet, Jennifer Arnott y Janet Kegg por sus relecturas.

También me gustaría darle las gracias al fallecido W. T. Roberts de Ynys-y-Bwl, por guardar todos y cada uno de los programas de todas las representaciones de todos los eventos teatrales a los que asistió a lo largo de su larga vida, y a Mary Lace por facilitarme el acceso a los que corresponden a la época a la que esta novela hace referencia. Contienen maravillas que nadie podría imaginar y son como un soplo del auténtico mundo del teatro de la época. Celebro estar en condiciones de afirmar que en la actualidad están reunidos en la Universidad de Leicester para beneficio de quien quiera utilizarlos.

Llega la Navidad, el ganso está engordando;
por favor, echa un penique en el sombrero del anciano.
Si no tienes un penique, medio penique basta;
si no tienes medio penique, entonces, ¡que Dios te bendiga!

—Canción infantil tradicional británica

—Cuando yo era un chaval —respondió el capataz—, las jóvenes damas eran damas. Y los jóvenes caballeros, caballeros. Ya sabe lo que quiero decir.

—Lo que quiere este país —dijo Padgett— es un 'Itler.

—Dorothy L. Sayers, *Gaudy Night* (1935)

No cuelgan a la gente como yo. No quieren pasar el bochorno de un juicio y, además, papá es quien es. Me guste o no, soy una Larkin. No quieren un titular del tipo «Ahorcada la hija de un lord». Es mucho más fácil encerrarme y prometerme que, si me mantengo muy callada, me soltarán en uno o dos años y me declararán rehabilitada, dejándome bajo la custodia de mi familia. Bueno, tal vez haya sido una completa idiota, pero nunca he estado tan cuerda y, por otro lado, no soporto a la mayor parte de mi familia. Nunca he tenido la menor intención de quedarme callada. Por eso escribo esto. Espero que algún día alguien tenga la ocasión de leerlo. Presten atención. Voy a contarles lo importante, por orden.

Todo comenzó de la forma más inofensiva: con una oferta de trabajo.

—Eres la única mujer a la que realmente me puedo imaginar como Hamlet, Viola.

Antony me miró a los ojos desde el otro lado de la mesa con una expresión que alguien debía de haberle dicho que era conmovedora e irresistible, pero que en realidad le hacía parecer un spaniel necesitado de un antiparasitario. Era uno de los directores de teatro más conocidos de Londres, muy prestigioso; tenía casi cincuenta años y estaba empezando a engordar un poco. Era un honor que Antony te obsequiara con uno de sus famosos almuerzos, siempre una conversación íntima, siempre en el Venezia de Bedford Street, que siempre culminaba, tras un suculento postre, con una oferta para un papel principal.

Fue el año en que todo el mundo trocaba los repartos en el teatro. Era 1949, ocho años después del final de la guerra. Los teatros de Londres brillaban con fuerza y estaban llenos de las alegrías y las penalidades de la vida. Palmer fue el primero en hacerlo, el año anterior, cuando montó *El duque de Malfi* en el Aldwych. Todo el mundo dijo que, en el mejor de los casos, sería un fiasco, pero todos fuimos a ver cómo se estrellaban, por curiosidad. Entonces, mientras Charlie Brandin recibía críticas entusiastas por su papel del duque, sir Marmaduke se subió al carro y preparó la vieja *Quality Street* de Barrie, convirtiendo a todos los hombres en mujeres y a todas las mujeres en hombres. Fue el éxito del invierno, de modo que, cuando se seleccionaron los textos para la temporada estival, por supuesto, casi ninguna sala representó nada al derecho.

Me burlé de aquello tanto o más que los demás; tanto fue así que llegué a rechazar un par de papeles y pensé en abandonar la ciudad y tomarme un descanso. Pero, si me marchaba, ¿adónde iría? En Londres el mundo del teatro estaba oponiendo una feroz resistencia al cine, una resistencia que en otros lugares ya había claudicado. En provincias, el teatro agonizaba: cuando yo estaba empezando, una obra de Londres no salía de gira por todo el país con el reparto de Londres, sino con una compañía suplente. Podían hacerse dos o tres giras de la misma obra; la segunda compañía hacía Brighton, Birmingham y Manchester, y la tercera, un circuito por Cardiff, Lancaster y Blackpool. Las giras más tediosas recalaban en lugares diminutos, para lo que cruzaban el país en tren en domingo y sus compañías tenían que dormir en antros espantosos. Era la manera de salir y, si eras más conocido y querías tomarte un respiro de Londres, las compañías de segunda fila no estaban dispuestas a dejar pasar la oportunidad. Sin embargo, desde la guerra, las giras se habían convertido en algo poco habitual, y la competencia para hacerse con ellas era feroz. Solo estaba Londres, y alguna que otra prueba en otros sitios. La gente de provincias solo podía aspirar al teatro en vano. Carecían por completo de él. No sé cómo se las arreglaban: produciendo montajes de aficionados y viniéndose para Londres cuando se lo podían permitir, supongo. O eso, o tal vez lo que sucedía era que, en realidad, se conformaban con el cine.

En cualquier caso, no tenía mis esperanzas puestas en una gira. Si no trabajaba, podía permitirme el lujo de quedarme parada durante una temporada, si controlaba mi tren de vida. El problema era que no podía contar con que fuera solamente una temporada. El teatro vive del momento, y una vez que tu nombre deja de ser visible, es fácil que caiga en el olvido. No quería dejar de actuar y, además, ¿qué se suponía que tenía que hacer?, ¿morirme de hambre? Bueno, las opciones eran morirme de hambre o volver con mi familia, lo cual, estaba segura, sería mucho peor que la primera opción. En mi familia eran como caníbales, solo que llevaban perlas y diamantes en lugar de collares de calaveras.

Le dediqué a Antony una de mis mejores miradas de indecisión. Las miradas de indecisión serían muy útiles si aceptaba el papel. Hamlet es famoso por su indecisión. Además, aunque llegara el caso de que mis amigos se pasaran unos cuantos días riéndose de mí, ¿cuántas veces se presenta la oportunidad de interpretar a Hamlet? Había acudido al almuerzo con Antony sabiendo que significaba que iba a comer bien, y casi segura de que rechazaría cualquier cosa que me ofreciera. Antony nunca era tacaño y el vino del Venezia siempre era bueno. No obstante, Hamlet. Había tan pocos papeles realmente buenos en el mundo para una mujer, y Hamlet era un papel de ensueño, siempre que la inversión de reparto no convirtiera la obra en un sinsentido. Ya veía las luces: «Viola Lark en el papel de Hamlet».

—¿Los vas a invertir a todos? —pregunté, apartándome ligeramente de Antony mientras le indicaba al camarero que ya no quedaba ni rastro de tiramisú en mi plato y que podía retirarlo.

Antony cogió su copa de vino y dio un sorbo.

—No —dijo—. Piensa en Hamlet, hija y heredera del trono de Dinamarca. ¿Cómo podría su tío tener más posibilidades de usurpárselo? Y ella, ¿no tendría muchas más dificultades para imponerse? La indecisión resultaría mucho más natural que para un hombre. Su relación con Gertrudis, con Claudio, funciona a la perfección. Horacio quiere ser más que un amigo. Se puede interpretar a Rosencrantz y Guildenstern desde el punto de vista de los amantes de Penélope. Laertes también; Laertes es el verdadero amor de Hamlet, lo que hace

que el final cuadre. En realidad, de esta forma toda la obra cobra mucho más sentido.

Casi me convenció.

—Pero ¿y Ofelia? —pregunté mientras el camarero se inclinaba discretamente y me servía más vino—. No creo que estés pensando en convertir su relación en sáfica.

Tiene gracia, en realidad en el teatro hay bastantes mujeres que ni mirarían a un hombre, y los suficientes hombres que ni mirarían a una mujer, para el caso; pero todos ellos pondrían el grito en el cielo si trataras de presentárselos explícitamente en el argumento de una obra teatral.

—No hay ninguna prueba textual tangible que demuestre que sea una relación física —dijo Antony ensimismado—. O se le podría dar la importancia que uno quisiera a su relación anterior, y ¿por qué no dejarla en un convento, después de todo?

—Pero Polonio la incita a que seduzca a Hamlet, ¿no? —Hice un gesto de negación al caer en la cuenta de que tendría que revisar el texto para estar segura de lo que decía Polonio. Nunca había interpretado a Ofelia, solo tenía una vaga idea del parlamento—. No me imagino a un tipo tan pretencioso como él alentando una seducción sáfica, y, si lo hiciera, no creo que el lord chambelán nos permitiera retratarla.

—Lo que me maravilla de ti, Viola, es que ya tienes algo en mente —dijo Antony—. ¡Hay tantas actrices jóvenes que no tienen ni una sola idea! Bueno, podría invertir a Ofelia y convertirla en otro pretendiente; Hamlet acosada por sus pretendientes. Los dos hermanos varones, Laertes y Ofelia. Esto funciona, querida. Tendremos que suprimir la referencia al convento. No quiero cambiar el texto, salvo en los «él» y «ella», evidentemente; pero *Hamlet* siempre se corta, con sensatez, sí, pero siempre se ha hecho. Entera, duraría casi cuatro horas.

Me imaginaba a Hamlet acosada por los pretendientes, las dudas y los fantasmas. Sería virginal, estaría asqueada por la sexualidad de su madre y se sentiría insegura de la suya propia. Ya me estaba arrellanando en el papel.

—Acepto —dije apurando mi copa.

—Muy bien —dijo Antony con una sonrisa—. Y con un entorno familiar tan reconocido como el tuyo, no necesito preguntarte si eres británica de nacimiento.

—En realidad nací en Irlanda —dije yo, un poco molesta por lo del entorno familiar. Los periódicos siempre le habían sacado tanto jugo a mi familia que había supuesto un auténtico inconveniente cuando estaba empezando. Odiaba pensar que la gente viniera a verme como si formara parte de un circo—. En esa época, papá seguía siendo representante de la Corona. Pero soy súbdita británica.

Antony frunció el entrecejo.

—¿Tienes el documento de identidad nuevo? —preguntó.

—Pues claro que sí. —Lo saqué del bolso y lo dejé encima de la mesa, abierto. Mi instantánea, con los ojos bien abiertos, nos miraba a los dos desde abajo—. La distinguida Viola Anne Larkin. Fecha de nacimiento: cuatro de febrero de 1917. Edad: 32. Altura: 1,73. Cabello: rubio. Ojos: azules. Religión: Iglesia de Inglaterra. Lugar de nacimiento: Dublín. Nacionalidad: británica. Madre: británica. Padre: británico. —Volví a guardarlo—. Y puedes añadir abuelas y abuelos desde la época en que lord Carnforth se casó con una condesa francesa en 1802, o remontarte a la conquista, por parte de madre.

—Con esto basta —dijo—. Perdona, es que con el nuevo reglamento no podemos contratar libremente a nadie que no sea realmente británico.

—El nuevo reglamento es una pérdida de tiempo estúpida —dije encendiendo un cigarrillo.

—No podría estar más de acuerdo, querida, pero tengo que cumplirlo o me meteré en un lío —dijo Antony con un suspiro—. Mi propia madre era americana y, a ojos de según quién, eso me convierte en sospechoso.

—Pero los americanos son algo así como nuestros primos del otro lado del Atlántico, ¿no es así? —dije exhalando el humo.

—Así es —repitió Antony en un tono lleno de cinismo—. Pero para algunos siempre será el país de la señora Simpson y de la negativa del presidente Roosevelt a ayudarnos en 1940. He tenido ciertas dificultades a la hora de solicitar mi nuevo carné. Fue ridículo, como tú dices. —Apuró su copa.

—No deberías dejar que te afecte —dije—. ¿Has asignado algún otro papel?

El camarero, eficiente como una máquina y, a decir verdad, pegajoso en la misma medida, nos trajo café. Antony le añadió azúcar al suyo y lo removió, sin preocuparse, como hombre que era, de los centímetros de más. Por fin, volvió a concentrarse en la obra.

—Pensaba reservarme a Claudio para mí. Me imagino a Claudio como un hombre lo bastante malvado como para cometer un asesinato, pero con la suficiente conciencia como para llegar a sentirse culpable. Un papel muy interesante. Complejo.

Probé mi café. Era excelente. Todos los italianos saben hacer buen café.

—Estoy segura de que estarás magnífico. Y me encantará volver a trabajar contigo. —Solo era para darle coba. En verdad era un actor muy bueno, cuando interpretaba al personaje adecuado, y Claudio bien podía ser el personaje adecuado para él. Le recuerdo languideciendo de forma vergonzosa en papeles de Byron y me alegraba enormemente de que ahora fuera ya demasiado viejo para ellos.

Él sonrió, vanidoso como todos los actores.

—He conseguido a Lauria Gilmore para Gertrudis. Ella sí que le hará justicia de verdad.

Lauria era una todoterreno del teatro; ya había interpretado a Gertrudis, además de casi cualquier papel que cupiera imaginar.

—Actué con Lauria en *La importancia de llamarse Ernesto* —dije.

—Fue una lady Bracknell maravillosa —dijo Antony con la mirada perdida—. Y tú también estuviste estupenda como Gwendolen —dijo con lealtad.

Yo había interpretado a Cecily, pero no podía esperar que se acordara. Había sido ocho años atrás, la primera temporada después de la guerra, cuando todo el mundo estaba un poco frenético por el final de los bombardeos del Blitz, y porque Hitler se había detenido en el canal de la Mancha. Nadie estaba del todo seguro de si la Paz de Farthing aguantaría, ni de si volveríamos a hundirnos todos en la guerra en cualquier momento. Todos los teatros habían programado atrevidas variedades o comedias ligeras que se esforzaban por derrochar ingenio. Necesitábamos reírnos mientras nos hacíamos a

la idea de que no íbamos a salir volando en pedazos de un momento a otro. El ingenio genuino de Wilde había dado en el clavo.

—¿Y qué hay de los pretendientes? —pregunté.

—Todavía no he hablado con nadie, pero pensaba, quizá, en Brandin para Laertes y Douglas James para Horacio. Al menos aún no había pensado en Ofelia; la veía como mujer. No habrá muchas mujeres. No..., podría hacer que el Cómico Rey y la compañía entera fueran mujeres, y hacer que la obra dentro de la obra funcionase como un *ballet*. —No me estaba mirando.

—Eso sería espectacular —dije—. ¿Qué tal Mark Tillet para Ofelia? Actué con él en *Corcheas* hace dos años; la obra era una nimiedad y no se representó, pero él me pareció genial.

—¿Eh? —Antony despertó de su ensimismamiento—. ¿Quién?

—¿Mark Tillet?

—No, no —suspiró Antony—. Es judío, querida, y, por lo tanto, una ruina ahora mismo. Ni siquiera me gustaría oír susurrar la palabra «judío» en una obra mía esta temporada, a no ser que sea *El mercader de Venecia*.

Me terminé el café.

—¿Mark? ¿En serio? No tenía ni idea. No parece judío.

—¿Quieres decir que no tiene la nariz ganchuda, tirabuzones y que no lleva una copia de *Los protocolos de los sabios de Sión* debajo del brazo? —Antony se rió sin ganas, una risa escénica—. Probablemente una señorita de tu ascendencia se sorprendería de la cantidad de judíos que hay en el teatro.

—No metas en esto a mi condenada ascendencia —le espeté—. Llevo pateándome las tablas desde 1936. Ni por asomo era eso lo que quería decir.

—Perdona —dijo Antony sin una pizca de sinceridad—. Nadie pondría en duda que a estas alturas conoces bien el teatro.

Dejó la taza de café y le hizo una seña al camarero que rondaba por allí.

—Bueno, ahora que tengo garantizados tus servicios como protagonista, debo dejarte para intentar ganarme al resto del reparto. Los ensayos empiezan el lunes, a las diez en punto, en el teatro.

—Todavía no me has dicho en qué teatro —dije entre risas.

—El Siddons —dijo—. Apropiado, ¿no crees?

—Muy apropiado —admití. Puede que muchas mujeres hubieran interpretado a Hamlet entre Sarah Siddons y yo, pero no se me ocurría ninguna.

—¡Ah!, y otra cosa, ahora que ya has aceptado —dijo, inclinándose hacia mí, en un tono de confidencialidad—. Se lo he dicho a Lauria, pero a nadie más, así que guárdatelo hasta que se anuncie de forma oficial. Para el estreno, que será el viernes uno de julio, tendremos un público muy distinguido: el primer ministro y herr Hitler.

No era una esnob y me traía sin cuidado, pero eso significaba que probablemente los periódicos iban a dedicarle mucha atención a la obra.

—Bien —dije—. ¡Qué éxito para ti, Antony!

Nos separamos en la calle, a las puertas del Venezia. Era un típico día de junio inglés, caía una fina llovizna, la clase de día que mi niñera irlandesa solía describir como «blando». Quería irme a casa a leer la obra, aunque en realidad no podía empezar a aprenderme el texto hasta que no tuviera una copia con el texto exacto que íbamos a poner en escena, con los «cortes sensatos» de Antony y con los cambios de «él» y «ella» que fueran necesarios. Empecé a cruzar Covent Garden a paso ligero en dirección a la estación de metro. Compartía un piso detrás del museo Británico con mi querida amiga Mollie Gaston y con nuestra ayudante de camerino, la señora Tring. En realidad la señora Tring no era nuestra ayudante de camerino. Era ayudante de camerino, pero no era quisquillosa y vestiría a cualquiera. Ya era mi ayudante en el verano de 1941, en *La importancia de llamarse Ernesto*, y, en medio del caos que era Londres justo después del Blitz, mencionó por casualidad que estaba buscando un sitio donde vivir. Desde entonces me sentía muy a gusto con ella, y el piso, que elegimos por lo barato que era, ya se había convertido en algo así como un hogar. Mollie y la señora Tring eran como una familia para mí, solo que mejor que mi propia familia, porque no eran aborrecibles.

La gente siempre piensa que, como mi padre es un lord, tengo que vivir de la fortuna familiar. Eso es una soberana tontería. Evidentemente, podría hacerlo, o, para ser más precisos, hubo un tiempo en

que podía haber sido así. En 1935, cuando tenía dieciocho años, mi madre quería presentarme en sociedad y yo quería dedicarme al teatro. Le seguí la corriente durante una temporada y, por cierto, aprendí bastante por el camino, pero después seguí mi propio rumbo. Ella me dijo que no volvería a dirigirme la palabra nunca más y que la familia no me pasaría ni un chelín, y yo me marché. Desde entonces, nuestra relación ha sido inestable. Es fácil jurar que nunca volverás a hablar con alguien, pero es muy difícil mantener tu palabra, por supuesto. Sin embargo, nunca he conseguido olvidarlo del todo, y nunca voy a Carnforth. Mi hermana pequeña, Dodo, viene a verme cuando está en Londres, y cuando trae a sus hijos vamos todos al zoo y los llevo a tomar un helado. Pero cuando Rosie vino a verme en *Corcheas* sin previo aviso y me mandó flores, lo cual fue muy amable por su parte, no la invité a entrar a los camerinos. El mundo del teatro es distinto. Sé que ella no lo habría entendido.

Me encontré con Charlie Brandin saliendo del ascensor del metro cuando yo estaba a punto de entrar.

—¡Viola! —me llamó—. ¿Te has enterado?

—¿De qué? —pregunté, al tiempo que me detenía y volvía a salir con él. A los actores les gustan los cotilleos más que a las sirvientas.

—Me he enterado de que Antony te va a ofrecer Laertes en su nuevo *Hamlet*, así que volveremos a interpretar a dos amantes y podremos languidecer juntos locamente.

Charlie es marica, el teatro está lleno de ellos, como he dicho, así que es bastante seguro bromear con él sobre estas cosas.

—Pero Laertes es el hermano de Ofelia... —dijo mientras se daba un instante para pillarlo—. ¡No! ¿Interpretas a Hamlet?

Sonreí.

—No pude resistirme.

—Querida, me alegro tanto de poder comer esta temporada sin tener que enseñar las piernas por debajo de una falda que podré soportar el suplicio de ser tu amante sin apenas remordimientos —dijo. Algunos teatros empezaban a travestir a sus actores además de a invertir a sus personajes—. ¿Vamos a Mimi's a comer tortitas para celebrarlo?

—Vengo de darme un atracón con Antony en el Venezia. Soy incapaz de comer nada. Pero, si quieres, me puedo tomar un café mientras te veo comer a ti.

De mutuo acuerdo, dimos media vuelta y volvimos a Covent Garden. Mimi's es un cafecito de dos pisos, separados por unas tortuosas escaleras, que ofrece sus servicios mayormente a la gente del teatro.

—Esto de la inversión de los personajes solo es una moda pasajera —dijo Charlie mientras caminábamos—. Se va a terminar en menos que canta un gallo.

—Puede. O quizás algún día las historias del teatro dirán que en la época isabelina los hombres interpretaban todos los papeles, incluso los femeninos; luego, en la Restauración, empezaron a permitir que hubiera actrices, y durante un tiempo la gente pensó que todo el mundo debía atenerse a su propio sexo; después, en los años cuarenta, la gente empezó a experimentar y ahora todos pueden interpretar cualquier papel...

Charlie se echó a reír.

—El año que viene todo el mundo volverá a llevar la ropa que le corresponde. Te apuesto cinco libras.

—Yo no te apuesto nada, porque en realidad creo que tienes razón —admití. Él mantenía abierta la puerta de Mimi's, cubierta de condensación, para dejarme pasar, y entré primero.

Mollie estaba sentada en uno de los codiciados reservados del piso de abajo, comiéndose un sándwich de jamón. Me saludó con la mano.

—¿Te has enterado? —me preguntó.

—¿De qué? —pregunté yo—. ¿Podemos sentarnos contigo?

—Estaba comiendo con Pat, pero se ha marchado, como podéis comprobar, y yo estaba a punto de irme, pero me tomaré otro café, ya que estáis aquí.

La camarera se acercó. No era una aspirante a actriz, como la mitad del personal de Mimi's, sino una mujer del barrio.

—¿Qué queréis, encantos? —preguntó.

—Tres cafés y un montón de tortitas —dije. Me senté en el banco junto a Mollie y Charlie se acomodó en el de enfrente.

—Lauria Gilmore está muerta. Ha volado por los aires —dijo Mollie.

—Eso es lo que te iba a contar, pero me has distraído con tu noticia sobre Hamlet —rezongó Charlie.

—¿Que ha volado por los aires? —pregunté. La camarera trajo el café y lo dejó sobre la mesa, derramando el mío en el plato—. ¿Cómo? ¿Anarquistas, como los que volaron aquel castillo en Gales?

—Bueno, puede que hayan sido anarquistas, pero ¿por qué iban a querer hacerlo? —inquirió Charlie.

—Supongo que se dedican a hacer saltar a la gente en pedazos, solo por diversión —dije.

—A lo mejor es que «sabía algo» —dijo Mollie con un elocuente tono enigmático.

—O a lo mejor se interponía «en su camino» —añadió Charlie con un acento ruso tremendamente impostado.

—No lo sé, siempre se posicionó más bien a la izquierda —dijo Mollie con un tono de voz normal y corriente—. Era muy partidaria de los derechos de las mujeres, los sindicatos, el voto y todas esas cosas.

—Tonterías —dije yo—. Era una actriz. Los actores no se meten en política. A mí me parece mucho más probable que estuviera en el lugar equivocado en el momento menos oportuno. Pobre Lauria. Ahora nunca interpretará a mi madre.

Charlie se echó a reír de forma desmesurada y se llevó la mano al pecho.

—Muerta, y nunca me llamó madre —dijo en un profundo tono melodramático.

Yo solté una risita.

—Más bien, nunca me llamó hija —dije—. Pero no deberíamos reírnos; es decir, pasara lo que pasara, es horrible. Lauria me caía bien, y era buena actriz, muy sólida, una de las mejores, una auténtica actriz de la vieja escuela.

—Tendrás que ir al funeral —dijo Mollie—, si estaba en tu obra.

—Antony me ha dicho que había aceptado. Pero, de todas formas, deberíamos ir todos al funeral. No trabajaba con ella desde *Ernesto*, pero sería una muestra un respeto.

—Supongo que irá todo el mundillo del teatro —dijo Charlie—. Al fin y al cabo, ¿hay algo más dramático que saltar en pedazos? Nadie podrá resistirse. Además, Lauria estaba en la cresta de la ola de su carrera, o lo habría estado de haber sido un hombre. No hay tantos papeles para las mujeres mayores, aunque todos los que hay, ella los ha interpretado magníficamente. Habría estado grandiosa en el papel de Gertrudis. Ya lo estuvo cuando la interpretó en otros montajes.

—¿Alguna vez trabajaste con ella? —preguntó Mollie.

Charlie negó con la cabeza.

—Habría sido la primera. Y ahora nunca podré. El funeral tendrá que ser espléndido para compensar.

Mollie se rió.

—¡Qué malo eres, Charlie!

La camarera trajo sus tortitas, que eran prácticamente lo único comestible que había en el menú de Mimi's, pues las hacían en el momento.

—No me puedo creer que la hicieran volar por los aires de verdad —dije—. ¿Quién te lo ha contado?

—Bunny —dijo Mollie—. Ya sabes que siempre ha sido muy amigo suyo. Mañana saldrá en todos los periódicos. Incluso puede que salga en la edición vespertina de hoy del *Standard*.

Y allí estaba. Cuando Charlie terminó de comerse las tortitas y salimos en dirección a la estación de metro, el nuevo titular del *Evening Standard* era «Actriz salta por los aires en una nueva atrocidad terrorista».

—Un día de perros, señor —dijo el sargento Royston al tiempo que el teniente Carmichael cerraba de un golpe la puerta del coche.

Carmichael no se dignó a contestar. Royston embragó y se incorporó al tráfico de High Holborn.

—Se supone que es junio, pero no parece junio.

Carmichael refunfuñó.

—Por lo menos esta vez no tenemos que salir de la ciudad, señor —señaló Royston.

Carmichael mantuvo la mirada al frente mientras el Bentley de la policía zumbaba por las grises calles de Londres. Las esquinas afiladas de los edificios estaban humedecidas y erosionadas por la lluvia. *Claudicar*, pensó, *significaría claudicar en cuerpo y alma*. Se suponía que cuando uno vendía su alma, conseguía a Elena de Troya, después ya no tenía por qué seguir haciendo las mismas cosas que hacía cuando su alma todavía le pertenecía, escuchar las reprimendas por dejar el coche en zona de pago y soportar los lugares comunes de la conversación de Royston.

—Digo que por lo menos no tenemos que salir al campo —repitió Royston mirando de reojo a Carmichael al pararse en un semáforo en rojo—. Señor...

Lo último que quería Carmichael era entablar conversación con Royston acerca del estado de sus almas.

—Hampstead —dijo, dejando que su tono de voz trasluciera el odio que le inspiraba aquel lugar—. Hampstead es casi tan malo

como salir al campo; en algunos aspectos es peor aún. Está lleno de gente con dinero y pretensiones.

—Bien pensado, es raro que una actriz viva allí —dijo Royston.

—Sin duda —convino Carmichael—. ¿Dónde cree usted que viviría una actriz, sargento?

—En Bloomsbury —dijo Royston al punto—. O en Covent Garden, tal vez. En todo caso, por el centro, cerca de los teatros. Hampstead es más terreno de corredores de bolsa; como dijo usted, es pretencioso.

—Es uno de los pueblos que absorbió Londres —dijo Carmichael mientras Royston torcía hacia Finchley Road—. En un momento dado, Hampstead habría sido como todos esos lugares horribles por los que se pasa para ir a Hampshire, en pleno campo, a kilómetros de Londres. Niños jugando en la hierba. Flores en los setos. En la época del doctor Johnson, había grupos de londinenses que salían a caballo en dirección a Hampstead Heath para ir de pícnic. Ahora está engullido. Está en el mapa del metro. No veo por qué una actriz no iba a vivir aquí igual que cualquier otra persona, si le ha ido bien.

—¿Y que salga volando por los aires? —preguntó Royston doblando hacia Bedford Drive, una avenida de tres carriles con villas victorianas.

—Esa es otra cuestión —dijo Carmichael.

Royston redujo hasta detenerse a mitad de calle, al llegar a una barrera policial. En un lado había un joven policía de uniforme. En el otro estaba la masa de periodistas, a los que se distinguía, sin ni siquiera llevar encima sus cuadernos y cámaras, por su inconfundible expresión de depredadores.

—Scotland Yard —le dijo Royston al policía mientras le mostraba su identificación a través de la ventanilla—. Inspector Carmichael y sargento Royston.

—Los están esperando, señor. Estacione aquí y pasen, no puedo levantar la barrera —dijo el policía. Royston aparcó el coche diligentemente a un lado de la calle y, tan pronto se bajaron, la prensa empezó a fotografiarlos.

—¿Han sido terroristas? —gritó un hombre con una gabardina beis iniciando un aluvión de preguntas tal que era imposible distin-

guir unas de otras. Carmichael se detuvo y alzó la mano pidiendo silencio. Royston se escabulló mientras ellos rodeaban a Carmichael.

—¿Los mismos que en Gales...? —dijo un último periodista azorado dejando la frase a medias.

—No sé más que ustedes. Cuando sepa algo, saldré a emitir un comunicado —dijo Carmichael.

—Vamos, sea bueno y denos un titular —dijo una mujer dedicándole una sonrisa desde debajo de un sombrero empapado.

—Usted es el mismo inspector Carmichael que resolvió el asesinato de Thirkie, ¿no es así? —preguntó un hombre de nariz puntiaguda medio apoyado en un pequeño Austin rojo.

—Sí —respondió Carmichael ceñudo. Se dispararon unos flashes—. Cuando tenga preparada una declaración, procuraré hacérsela llegar.

—¿Puede confirmar la muerte de la señorita Gilmore? —preguntó la mujer.

El resto se perdió en medio del tumulto al reanudarse el griterío. Carmichael rodeó la barrera y se reunió con Royston al otro lado.

—Es el número treinta y cinco —dijo el policía señalando unos escalones que partían de la calle y atravesaban un montículo de hierba en dirección a la verja de un jardín—. Vayan por detrás.

Carmichael subió los escalones detrás de Royston. Los gritos de la prensa haciéndoles preguntas sonaban casi como el aullido de unos perros. Se preguntaba si conseguiría salir de caza ese año. Unos cuantos días en Leicestershire, en noviembre, tal vez. No había nada comparable a la sensación de correr como un endemoniado por cualquier territorio que se pusiera por delante, persiguiendo al zorro por donde fuera sin tener ni idea de dónde se está.

La lluvia empezaba a amainar, transformándose en una fina llovizna. Royston abrió la verja. Era de forja verde, victoriana, como la casa. El sendero se bifurcaba. Uno de los caminos pasaba entre dos parterres de flores rebosantes de rosas y pensamientos, y conducía hacia una puerta principal rosa. El otro trazaba una curva y se adentraba en el espacio que quedaba entre esa casa y su gemela de la izquierda. Carmichael siguió a Royston por el hueco.

—¿Cómo denominaría usted este hueco entre dos casas, sargento? —preguntó.

—Pasadizo, señor —respondió Royston—. Aunque es pequeño para serlo.

—En Lancashire lo llamarían callizo —dijo Carmichael mientras salían al jardín trasero.

Allí también había habido rosales, y un pequeño jardín con césped. La explosión había removido la tierra y había arrancado de raíz las rosas, que estaban ahora tiradas. Había una enorme cantidad de cristales rotos por todas partes que crujían bajo las botas de Royston. Había un agujero en la parte trasera de la casa a través del cual se podían ver los restos de lo que había sido con toda probabilidad un salón comedor. Por todo alrededor del agujero colgaban ondeantes tiras de papel de pared.

—Es como en el Blitz —dijo Royston dando un suave puntapié a un pedazo de metal retorcido de un oscuro color verde.

Un hombre alto que llevaba puesto un uniforme del Cuerpo Real de Ingenieros salió por el agujero de la casa dando grandes zancadas.

—No, no exactamente —dijo—. En el Blitz todas las bombas caían desde arriba. No hay duda de que esta estalló desde dentro.

—Scotland Yard —dijo Carmichael, y se mostraron sus respectivas identificaciones. El zapador se llamaba Curry y era capitán. Los dos oficiales de la Policía Metropolitana salieron y se presentaron como sargento Griffith e inspector Jacobson, de la oficina de Hampstead. Todos examinaron concienzudamente las identificaciones de los demás y se estrecharon la mano.

—Propondría que entráramos, pero el techo podría caérsenos encima, así que estaremos mejor bajo la lluvia —dijo Jacobson.

—Si a esto lo llama lluvia —añadió Griffith con desprecio.

—Entonces, ¿seguro que no ha sido una bomba olvidada del Blitz? —le preguntó Carmichael al capitán Curry declinando las posibilidades conversacionales sobre el tiempo.

—Bueno, al principio pensé que podía ser una UXB, una bomba sin explotar, ya sabe. Había un invernadero, lo que están pisando son sus restos, y podría ser que se hubiera construido más recientemente sobre una bomba de 1940 que hubiera quedado enterrada y que luego explotó. Ocurre algunas veces. He oído hablar de casos en Francia, donde un obús de la Gran Guerra

permanece bajo tierra hasta que un granjero le da un golpecito y salen los dos por los aires. —Curry golpeó el suelo pensativo con la punta del zapato—. Pero esa teoría no se sostiene. El centro de la onda expansiva estaba dentro, no en el invernadero, y nadie guarda viejas bombas alemanas desperdigadas por el salón comedor de su casa. Además, no lo sabré con certeza hasta que lo hayamos analizado, pero estoy casi seguro de que se trataba de una bomba casera.

—Terroristas judíos —dijo Griffith ansioso.

Carmichael se volvió para mirar las ruinas más detenidamente. ¿Terroristas? ¿O era como la última vez? ¿Acaso tenía el Gobierno algún motivo para matar a esa actriz? ¿También ella sabía más de lo que debía? ¿Los habrían enviado a él y a Royston porque las autoridades sabían que ellos accederían a encubrir el asunto si fuera necesario? *A por todas*, pensó con amargura. Encubrir bombas, hacer volar a la gente por los aires, arrojar niños a las cámaras de gas. Sabía cómo actuar en caso de que lo pusieran a prueba.

Jacobson también parecía sentirse incómodo con el entusiasmo de Griffith.

—¿Por qué iban a querer unos anarquistas hacer volar por los aires a Lauria Gilmore? —preguntó—. ¿Alguno de ustedes la vio actuar?

—Yo la vi hacer de Cleopatra cuando era un crío —dijo Royston.

—Le envidio —dijo Jacobson—. Me considero algo así como un entusiasta del teatro. He visto todas sus actuaciones desde la guerra. Era la mejor de su generación.

—Yo la vi en *La importancia de llamarse Ernesto* justo después de la guerra —admitió Carmichael. Jack y él habían ido juntos, para apoyar a los sodomitas muertos, según dijeron. Recordaba haberse reído y salir envidiando a las parejas que veía cogidas de la mano—. Me pareció que era muy buena.

—Por muy buena que fuera, solo era una actriz —dijo Curry poniendo el punto y final a los recuerdos teatrales—. Era apolítica.

—Han muerto dos personas —dijo Jacobson en un tono repentinamente profesional—. Se han llevado los cuerpos al depósito de cadáveres de la policía de Hampstead. Uno de ellos ha sido identi-

cado sin lugar a dudas como la señorita Gilmore; lo más probable es que el otro sea su... amigo, Matthew Kinnerson. El señor Kinnerson es el propietario de esta casa, él paga la contribución.

—¿Vive aquí? —preguntó Carmichael.

—Oficialmente vive con su esposa en Amersham, señor. En la práctica, parece que vive aquí —contestó Griffith—. El año pasado nos llamaron por un allanamiento y pensé que eran marido y mujer, hasta que apunté los nombres. Él la rodeaba con el brazo y ella no hacía más que llamarlo «cariño» continuamente.

Royston anotó algo.

—¿Podrá identificar el cuerpo la señora Kinnerson? —quiso saber Carmichael.

—Puede que el dentista del señor Kinnerson consiga hacer una identificación —dijo Jacobson—. No es una estampa agradable para una esposa, ni aun estando separados.

—¿Quién identificó a Gilmore? —preguntó Carmichael.

—Fui yo —respondió Jacobson—. No estaba tan mutilada como Kinnerson, o quienquiera que sea. Su rostro era inconfundible.

—¿Han informado a sus parientes?

—Al parecer no tiene ninguno —dijo Jacobson—. Estuvo casada durante unos minutos justo después de la primera guerra, creo; luego se divorció. Sus padres murieron hace tiempo.

—¿Y el servicio? —preguntó Royston—. ¿Saben algo?

—A esos los tiene de su parte —añadió Griffith—. O al menos los tenía el año pasado. Una cocinera y un jardinero, un matrimonio, y su propia doncella. El matrimonio lleva años con ella.

—¿Dónde están? —preguntó Carmichael.

Griffith hizo un gesto mostrándole las manos vacías, como para decir que no estaban a la vista en el jardín.

—Puede que sea su día libre —especuló.

—Puede, o puede que uno de ellos pusiera la bomba y les dijera a los demás que se largaran —dijo Royston anotando algo.

—¿Quién llamó a la policía? —preguntó Carmichael.

—Un vecino, se llama Slater. En realidad llamaron varios vecinos, causó mucho estruendo, pero Slater fue el primero. —Jacobson parecía incómodo—. He mandado a un hombre a hablar con todos los

vecinos para que averigüe qué saben. Espero no estar metiéndome en su terreno, Carmichael.

—Es exactamente lo que le habría pedido que hiciera —le aseguró este—. Infórmeme de los resultados. —Se volvió hacia Curry—. ¿Pueden apuntalar la casa?

—Podría ser, pero tal vez sea más económico derribarla y construir una nueva. —Curry se quedó mirándola y sacudió la cabeza.

—Vamos a tener que registrar la casa en busca de pruebas para saber dónde están los sirvientes y por qué alguien quiso convertirla en objetivo —dijo Royston—. Señor —añadió con retraso cuando Curry lo miró ceñudo.

—Iré a buscar a unos cuantos zapadores más y la apuntalaremos para la investigación —afirmó Curry.

—¿Está en disposición de comprometerse en cuanto a la naturaleza de la bomba? —preguntó Carmichael—. ¿Era una bomba casera?

—Fertilizante y lejía —explicó Curry—. No pondría la mano en el fuego todavía, pero estoy seguro. Lo raro es cómo llegó hasta allí. No sería lo bastante estable para ser un paquete bomba, y aunque haya matado a dos personas y causado todo este destrozo, no se puede contar con todo ello solo por el hecho de colocarla, no se puede contar con que vaya a haber alguien cerca en el momento de la explosión. Son muy inestables. Con estos artefactos no se puede utilizar un temporizador apropiado. A menudo la gente sale volando por los aires mientras las fabrica. Eso es lo que debe de haber sucedido en este caso.

—Pero ¿qué iban a hacer una actriz y su novio con una bomba? —preguntó Carmichael.

—No es más descabellado que la otra alternativa, señor —dijo Griffith.

—Como le decía antes al capitán Curry, carece de sentido por completo —añadió Jacobson.

—Iré a organizar el apuntalamiento, inspector —informó Curry a Carmichael haciendo caso omiso de Jacobson.

Carmichael alzó la mano para detenerlo.

—¿Cuánto tiempo le llevará, capitán?

—No le puedo decir con exactitud. Pero estará listo mañana por la mañana sin falta, entonces podrán entrar.

—Gracias —dijo Carmichael.

Curry hizo un gesto de asentimiento para todos y salió renqueando, para rodear la casa mientras los cristales crujían ruidosamente bajo sus pies.

—Bueno, es hora de que empecemos a organizarnos —dijo Carmichael—. Creo que lo primero es encontrar a los sirvientes y ver qué saben. ¿Tiene sus nombres, sargento?

Griffith negó con un gesto.

—Deben de estar fichados en la comisaría, pero no aquí. Lo que sí recuerdo es el de la doncella de la señora, Mercedes, como el coche.

—Bien, averigüe sus nombres y encuéntrelos —dijo Carmichael—. Si existe la más mínima probabilidad de que alguno de ellos colocara la bomba, tenemos todo el derecho a detenerlos a todos, en caso de que sea necesario. Puede que los sirvientes de los vecinos sepan algo de sus días libres y esas cosas. Si es su día libre, volverán en poco tiempo, como de costumbre, y entonces podremos atraparlos. Lo que me recuerda... ¿por qué está cortada la calle?

—Temíamos que pudiera haber otra bomba —respondió Jacobson—. El capitán Curry ya ha llevado a cabo una búsqueda exhaustiva y no hay razón para no reabrirla.

—Háganlo, pero que se quede un agente al pie de la escalera, para mantener alejados a los periodistas —dijo Carmichael—. Si no, van a estar rondando por todas partes, estén o no a salvo, y no queremos que eso ocurra. Será mejor asegurarse y dejar también aquí a un hombre de guardia, lo que significa que tendrá que haber dos hombres de servicio por la noche. Malditos periodistas. Será mejor que vaya a decirles algo para mantenerles con el pico cerrado.

—¿Necesita algo sobre su carrera? —preguntó Jacobson dispuesto a colaborar.

—Eso ya lo tendrán en sus archivos —contestó Carmichael, declinando amablemente el ofrecimiento—. Iré a decirles que está muerta, que ha sido una bomba y que no es la misma clase de explosivo que se utilizó en la bomba de Campion, ni nada que quedara del Blitz. No les contaré que la bomba estaba con toda seguridad dentro de la casa. Eso debería bastar para mantenerlos ocupados por el momento.

—Habla de ellos como de animales salvajes —dijo Jacobson.

—Creo que se va a dar cuenta de que, en un caso de esta naturaleza, sí que lo son —comentó Carmichael—. Me parece que debería ir a su comisaría después de ofrecer el comunicado, para obtener los nombres de los sirvientes. Luego, a no ser que aparezcan para el interrogatorio, me iré para el Yard a iniciar algunas pesquisas. Mañana por la mañana nos reuniremos aquí para registrar la casa. Para entonces Curry debería tener los resultados de sus análisis, y podremos saber más sobre la bomba.